tiera, y él entre tanto pasó toda la noche en oracion con tanto fervor que no solo le alcanzó la salud, sino que tuvo revelacion de ello; y aun cuando á la mañana siguiente corrió la voz de que Mansoli habia muerto, el santo Padre dijo con toda seguridad: «Mansoli no ha muerto, ni morirá de esta enfermedad.» Despues llamó al mismo Maffei y preguntándole por el enfermo, le contestó, «que al volver aquella mañana á su casa le habian dicho que era muerto.» Mas no por esto se convenció el Santo, y con la misma seguridad replicó: «No es así: Mansoli vive; vuelve pues y vé cómo sigue y haz de modo que le veas con tus mismos ojos.» Obedeció Maffei, y se encontró con que no solo no habia muerto, sino que estaba bastante bien. Por último habiendo curado (segun lo que Felipe le predijo algunos años antes de que cayera malo) sobrevivió al Santo. Eran en fin tan poderosas sus oraciones que él mismo decia: «Cuando hago oracion espero conseguir todo lo que pido á Dios.» Cuando le encomendaban un pecador obstinado, solia decir: «No dudeis; porque le socorrerémos con la oracion, y se

convertirá.» Y una cosa semejante sucedió (segun vimos en el cap. v) con aquel cajero del principal Banco de Roma á quien dijo: «Rogaré tanto por tí, que sin mas remedio habrás de enmendarte.»

CAPÍTULO XXII.

De las lágrimas de Felipe, y cómo siendo tan grande su devocion la comunicaba aun á los otros.

Añadiéndose al natural tierno y compasivo del corazon de Felipe la gracia, la profundidad con que penetraba los misterios divinos, y el fuego del amor y de la devocion, no es de admirar que se inundára en llanto siempre que se hablaba de Dios en su presencia, ó meditaba en las cosas celestiales. Fué como hemos dicho, devotísimo de la Pasion del Redentor, de la que, cuando le ocurria leer alguna parte, ó hablar de ella, particularmente en la Semana santa, se le veia derramar abundantes lágrimas. Leyendo una vez la Pasion en la misa, se sintió arrebatar de tal modo que aunque hizo lo posible por dis-

traerse no pudo conseguirlo; por lo que al llegar á la muerte del Salvador le fué forzoso prorrumpir en un amargo llanto, que enterneció á todos los presentes. Infinitas veces al oir una sola palabra de la misma Pasion se deshacia en lágrimas: oyendo otras hablar de este misterio se ponia pálido de improviso, anunciando así la abundancia del llanto. Continuamente temblaba todo su cuerpo, quedando en términos de no poder apenas respirar, por lo que muchos años antes de su dichosa muerte dejó de hablar en público en el Oratorio, pues haciéndolo un dia sobre el misterio de la Pasion se enfervorizó de tal manera que empezó á llorar y á suspirar, y acometido de un temblor mayor que lo acostumbrado hacia estremecer la silla y la tarima de tal modo, que aun con los mayores esfuerzos le fué imposible contenerse. Por esta razon, pues, varias veces que le sucedió lo mismo, bajo pretesto de no tener capacidad para ello, dejó de predicar, diciendo á los que no satisfizo su escusa (pues que ya lo habia hecho antes), «que Dios suplió á su incapacidad por ser entonces naciente el Oratorio; pero que habiendo ya crecido el número de los predicadores, Dios no le ayudaria como antes, si se empeñaba en seguir predicando». Mas no por que dejase de predicar podia impedir el curso á sus dulces lágrimas, pues aun en los coloquios privados, si se hablaba de la Pasion, interrumpia el llanto sus palabras. Fué un dia á comer con el cardenal de Vercelli en el refectorio de santa Práxedes, mandado hacer por S. Cárlos Borromeo, titular de aquella iglesia, y despues de la comida se dió principio á una conferencia espiritual, proponiendo él un punto, al que debian contestar uno por uno todos los presentes; y resumiendo él mismo los discursos en que estos ponderaron el amor con que el Redentor padeció por nosotros, fué tal la abundancia de sus lágrimas y suspiros que por mucho que se esforzó no pudo articular una palabra mas; por cuya razon el Cardenal le hizo señas de que no pasase adelante.

Lo mismo le sucedia cuando hablaba de otros asuntos espirituales, por lo que no podia ser estenso en sus discursos, y aun para poder hacerlos le era preciso intercalarlos con asuntos estraños y sentencias de filósofos,

cosa que por otra parte no solia hacer. Al leer las *Vidas* de los Santos eran mas las lágrimas que derramaba que las palabras que proferia, pareciéndole que no habia hecho nada en comparacion de ellos, como él mismo dijo á Angel de Bañarea, cuando entrando este de improviso en su cuarto, y viendo que lloraba con el libro en la mano, le preguntó la causa de sus lágrimas, á lo que le respondió, «que aquel Santo cuya *Vida* estaba leyendo habia dejado el mundo por servir á Dios; y yo, añadia, no he hecho cosa buena». Despues, para humillarse mas, declarándose digno de ser azotado por las calles de Roma, dijo: «¡Oh! si tú me vieses un dia castigado por mano del verdugo por las calles de Roma, dirias: ¡mirad al que parecia tan bueno!...» y en tanto que decia esto, lloraba con el mayor desconsuelo. En otra ocasion contestó evasivamente de este modo á un Prelado, que le encontró llorando al paso que leia: ¿Nó quereis que llore, si soy un pobre huérfano sin padre ni madre? Al oir el canto con que la Iglesia tributa alabanzas al Altísimo, era tal la dulzura de su espíritu, que al punto

se deshacia en lágrimas, quedando muchas veces empapados en ellas sus vestidos cuando asistia á completas y á los maitines que cantaban en el coro de la Minerva los religiosísimos Padres de santo Domingo.

A pesar de tan abundantes y continuas lágrimas siempre conservó el Santo en buen estado su vista, pues si usó alguna vez de anteojos, lo hizo mas bien por diversion que por necesidad. Con ellos consiguió un completo alivio Lucia Mazziani, la cual hallándose cierto dia muy afligida con un fuertísimo dolor de cabeza, y sin poder conseguir el menor alivio con nada, se ató en ella con mucha fe y devocion unos que tenia del Santo y se halló repentinamente libre de aquella tan sensible molestia.

No contento Felipe con llorar tanto en vida, quiso tambien llorar despues de su muerte, y no solamente por los ojos, sino tambiem por todo el cuerpo. Así sucedió, con un retrato suyo, que habia en Pádua, el cual fué visto por veinte y siete veces destilar un cristalino humor, y como si no bastasen las niñas de sus ojos para el llanto, de toda la sagrada Imagen

corrian las lágrimas. Todos presenciaron esta maravilla, que habiendo merecido la aprobacion de la autoridad eclesiástica, se hizo pública por medio de la prensa. Esta sagrada efigie se conserva con suma veneracion en la iglesia de los Padres del Oratorio de aquella ciudad.

Pero no siempre eran dulces sus lágrimas; pues á veces lloraba amargamente los pecados del prógimo, y las ofensas que se hacian á Dios. Estaba cierto jóven noble encenagado en el vicio, y lo que es peor, amarrado por la vergüenza, que debia haber tenido antes de cometer la culpa, no era sincero en sus confesiones. Entró, pues, un dia en el cuarto del Santo el cual penetrando con su perspicaz vista en la turbada conciencia del jóven empezó á derramar abundantes lágrimas, que llegaron al trono del Altísimo y alcanzaron para aquella desventurada criatura dolor y penitencia de sus crímenes. Lloraba el jóven, y Felipe lo veia y ambos dejaban correr sus lágrimas elocuentes hasta que poniéndose aquel de rodillas descubrió al Santo el oscuro seno de su conciencia depravada. Escuchóle benigna-

mente, y abrazándole con amor le absolvió de sus culpas, despidiéndole con el consuelo en el alma; pero como si aun hubiese llorado poco las ofensas de aquel jóven á su amado Señor, retirándose á su cuarto volvió á dar libre curso á las lágrimas, para llorar de nuevo culpas que no eran ruyas. Entre tanto el jóven, pensando despues de algunos dias en su mala vida pasada, hizo una confesion general con el confesor que tenia antes, y despues acudió á Felipe, quien le dijo «que aunque él no habia escuchado aquella confesion sabia distintamente una por una todas las culpas que habia cometido hasta entonces,» y aun añadió «que despues de la confesion tenia buena cara»: espresion de que usaba el Santo cuando pasaba alguno del estado del pecado al de la gracia. Pero el penitente, que deseaba lavar mas y mas con el llanto las manchas de sus culpas, le rogaba le alcanzase con sus oraciones un verdadero y estable dolor de corazon. Apenas hubo proferido estas palabras, cuando se sintió tan arrepentido de sus pecados, que se vió precisado á confesar que jamás habia tenido un dolor mayor de haber ofendido á Dios.

De este hecho se deduce claramente no solo cuán grande era el don de lágrimas, que Dios concedió á Felipe, por lo que se juzgó milagroso que no le fuera perjudicial á la vista, sino cuán poderosas eran, cuando de la árida tierra del corazon de los pecadores hacia que naciese el arrepentimiento. Parecia que su llanto y la devocion de donde nacia eran felizmente contagiosos, pues con tanta facilidad los comunicaba á los demás. Sobre todo al administrar á sus hijos espirituales el Pan de los Angeles se enternecia de tal suerte, y eran tan copiosas sus lágrimas, que apenas le quedaba movimiento; lo que era causa de que los penitentes dijeran, que solo el verle tan conmovido les hacia participar de su espíritu, y sentir estraordinaria devocion.

Fué este un privilegio singular que Dios concedió á su siervo, pues cuantos estaban á su lado, por indiferentes que fueran, se sentian poco á poco llenos de fervor y devocion así como se entibiaban los que no frecuentaban su trato, y algunos que se alejaban de él perdian enteramente el espíritu y la devocion. Antes que se confesase con él Lavinia Rustici,

primera mujer de Fabricio Maximi, no le tenia en gran concepto; pero la primera vez que le oyó hablar de Dios, concibió tanto amor á las cosas espirituales, que abandonando el siglo, del que no estaba muy retirada, se entregó enteramente á los ejercicios de devocion; depositó en manos del Santo, ya su confesor, toda su voluntad, y amaestrada por él se ejercitó en el desprecio de sí misma y en la mortificacion: tres veces á la semana se confesaba con grande arrepentimiento de sus culpas y otras tantas se alimentaba con el Pan eucarístico: se aficionó en estremo á la oracion, en la que se estasiaba con frecuencia, y en una palabra llegó á tal perfeccion que despues de su muerte fué una de aquellas dichosas almas, de quienes dijo Felipe que sin duda gozaban en el cielo en compañía de los Angeles.

La primera vez que Nero del Nero vió decir misa á Felipe, adquirió tal recogimiento y facilidad para meditar lo que queria, que se admiraba de sí mismo, pues antes era tan distraido, que no podia recogerse en oracion; esperimentando lo mismo siempre que veia

celebrar al Santo. No menor fué la admiracion de Constancia Draghi Crescenzii y Eugenia su criada, que oyendo la misa del Santo se sintieron llenas de estraordinario espíritu y compuncion, por lo que mútuamente se preguntaban: ¿qué podria ser aquello? y ponderando el suceso no pudieron menos de pensar que habia sido un efecto de la devocion que Felipe les habia alcanzado en el divino Sacrificio. Los que tenian la suerte de orar con él esperimentaban tal dulzura que les parecia corto todo el tiempo que empleaban en sus oraciones: así lo confesó, á mas de Francisco María Tarugí, un hijo suyo espiritual llamado Simon, el cual afirmó que le habia parecido un instante la hora que estuvo en oracion con el Santo, y que consentiria en estar orando siempre, si siempre hubiera de haber sentido semejante dulzura. Esto mismo les sucedió á otros muchos, á quienes decia Felipe «que aquella dulzura era con la que Dios regalaba los labios de quien empieza á servirle.» Pero comunicaba principalmente á sus penitentes el fuego del amor divino cuando escuchaba sus confesiones, y sobre todo al absolverlos, para lo

que solia estrecharlos en su seno. Así pues dijo el abate Marco Antonio Maffa que cuando se reconciliaba con él le parecia que al absolverle despedia tal ardor de su pecho, que le hacia llorar dulcemente, y que al celebrar sentia una devocion especial: efectos que no esperimentaba su espíritu cuando se reconciliaba con otros. Casi lo mismo manifestó Juan Atrina, de Marsico nuevo, en el reino de Nápoles, pues si bien cuando entraba en la habitacion de Felipe temblaban sus miembros sorprendidos de un santo horror, esto lejos de turbarle le causaba alegría. Arrodillado despues delante de él, si por acaso con su mano, que llamaba bendita, le tocaba en la espalda ó en el hombro, sentia inflamarse su corazon en los buenos propósitos, de tal modo que le parecia descendiese del cielo sobre él una gracia particular que le arrastraba hasta el pié del altar del santísimo Sacramento para orar allí lleno de fervor y conocimiento. Finalmente parecia, como ya se ha dicho, que la devocion de Felipe era como contagiosa, pues que el citado abate Marco Antonio Maffa afirma que habiendo celebrado despues de la

misa del Santo con las casullas que él solia usar ofreció el divino Sacrificio con abundancia de lágrimas y sentimientos de estraordinaria devocion.

FIN DEL TOMO I.

ÍNDICE

DE LO QUE CONTIENE ESTE PRIMER TOMO.

Pág.

DEDICATORIA. 5

PRÓLOGO. 7

CAPÍTULO PRIMERO. Patria, parientes y nacimiento de S. Felipe; su educacion y primer viaje á S. German, y despues á Roma. 17

CAP. II. Llegado Felipe á Roma se dedica á instruir no menos en las costumbres que en las letras á dos jóvenes: despues aprende él mismo la filosofía y teología, y por último abandonando toda otra ciencia se consagra enteramente al estudio del Crucificado. 25

CAP. III. Mientras pedia Felipe al divino Paráclito que le comunicase sus dones, vé un globo de fuego que dirigiéndose á su boca se abre camino hasta el pecho: rómpensele dos costillas, y empiézale con maravilloso movimiento á palpitar el corazon. 37

CAP. IV. Instituye en unión del P. Persiano Rosa su confesor, la Cofradía de *la Santísima Trinidad* para refugio de los peregrinos y consuelo de los convalecientes. 49

CAP. V. No contento Felipe con la santificacion propia, sino anhelando por la salud del prójimo, se dedica á la conversion de las almas, y al efec-